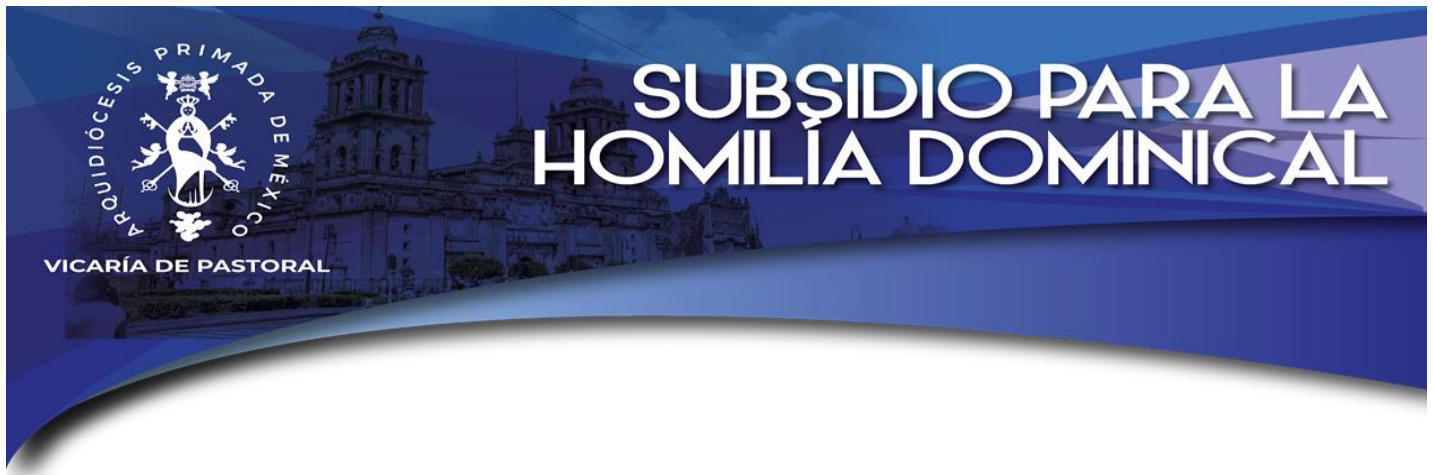


26 de octubre de 2025
30° Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C



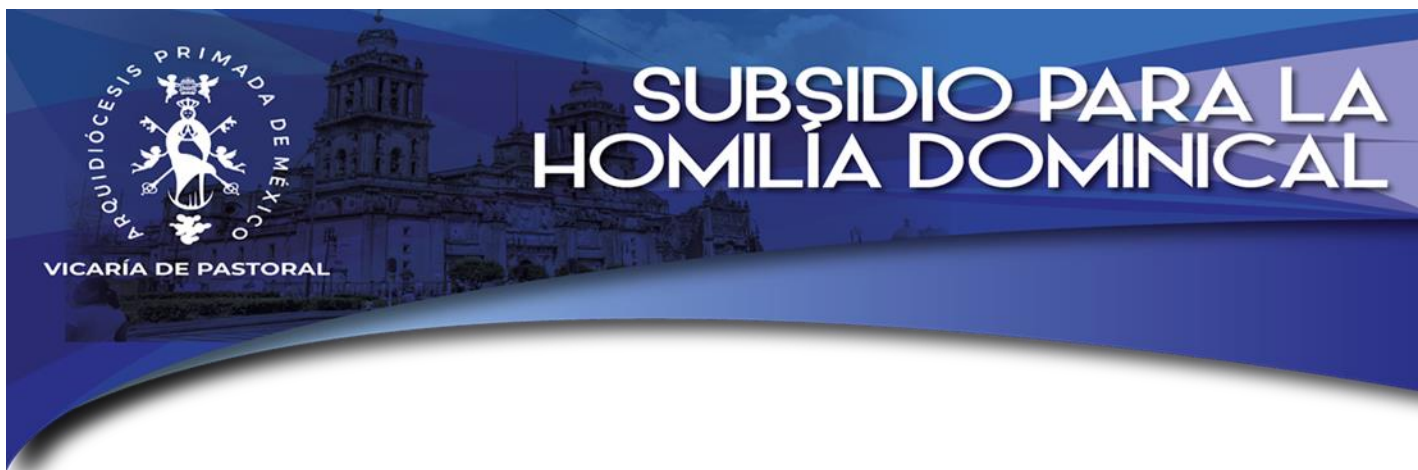
LECTURAS

Sirácide (Eclesiástico) 35, 15-17.20-22: «El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor y su grito alcanza las nubes. Los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no cesa hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia».

Salmo 33: Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él.

Segunda Carta a Timoteo 4,6-8.16-18: «Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida. La primera vez que me defendí ante el tribunal, todos me abandonaron y nadie me asistió. Que Dios los perdone».

Lucas 18,9-14: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: «¡Oh, Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo». El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: «¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador»».



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

HUMILDES EN LA ORACIÓN

Algunos se creían justos, seguros de sí mismos y despreciaban a los demás. Los personajes de la parábola son dos figuras perfectamente conocidas en la vida social y religiosa de Palestina: el Fariseo y el Publicano. Cristo los enfrenta.

El Fariseo ostenta el distintivo de la religiosidad. Instruido, piadoso, lleno de celo, perfecto, trata escrupulosamente de llevar a cumplimiento, hasta en los más insignificantes detalles, lo preceptuado por la Ley y por las tradiciones que legaron los mayores. Ante el pueblo sencillo, el fariseo es el prototipo, al mismo tiempo que el abanderado, de la piedad y del celo por todo lo religioso. Los fariseos son los maestros y los guías espirituales de Israel. Son ejemplo vivo de religiosidad y devoción a lo religioso y a lo mandado por la Ley. Son ascetas y dirigentes.

Son respetados, admirados y honrados, hasta temidos, públicamente por su adhesión a las tradiciones patrias y por su acendrado celo por la Ley. Se destacan visiblemente del pueblo fiel. Ellos mismos se hacen destacar de la gente común. Aparecen en las plazas, en las esquinas más concurridas, en el atrio del Templo, sumidos en oración. Arrastran largas filacterias, que les recuerdan su ahínco en conocer la Ley. Dan limosna con visible ostentación. Pagan diezmo de todo. Ellos son los puros y los perfectos. La clase baja, el pueblo de la tierra, dista mucho de ser como ellos. Son impuros y se arrastran a una altura de piedad y de religiosidad que merecen su desprecio. Ellos no son como los demás. El orgullo los domina. Así en boca de Cristo. Seguramente no todos eran así, pero sí muchos de ellos.

El Publicano es también otra de las figuras típicas de la vida religiosa y social de Israel. Es el antípoda del fariseo. De oficio, cobrador de impuestos; por costumbre, extorsionador del pueblo. A su cargo estaba confiada la recaudación del tributo a Roma. Para no perder, y no hacer así un mal negocio, al entregar al gobierno de Roma lo estipulado como impuesto, solía exigir más y de forma, a veces, violenta, al pueblo indefenso. El pueblo

naturalmente los odiaba. Su trabajo les recordaba la odiada sujeción a Roma. Por otra parte no parece que fueran excesivamente piadosos al estilo farisaico. Su nombre aparece con frecuencia unido al de pecadores, meretrices, gentiles. Hablar y tratar con ellos era considerado como una infamia y baldón. A Cristo se le acusó de ser amigo de publicanos y pecadores. Eran públicos pecadores y debían ser evitados y despreciados. Que algunos habían cometido, y seguían cometiendo, injusticias es fácil de comprender. No parece, sin embargo, que todos fueran así. A Cristo le escuchaban con atención. Lo mismo hicieron con Juan Bautista. Algo había en ellos que los hacía menos despreciables. Zaqueo es un ejemplo.

La parábola de Cristo tuvo que suscitar en el pueblo sencillo una profunda admiración y sorpresa; hasta desconcierto, diría yo. El pueblo estaba acostumbrado a ver con otros ojos. El Fariseo, el piadoso modelo, sube a orar. Su oración resulta vacía; no alcanza nada. El Publicano, proverbial pecador, alcanza misericordia. Duro golpe para los fariseos. Respiro aliviador para los publicanos. El soberbio es humillado; el humillado es enaltecido. El fariseo, con toda su piedad, ora mal; el publicano, con todo su pecado, ora bien. Admiración para todos.

El Fariseo dice verdad en lo que ora. Realmente cumple la Ley, pero lo hace más bien materialmente. La actitud del fariseo es la de aquél que exige o reclama a pleno derecho. Dios le es deudor. Las palabras de gratitud hacia Dios encubren un absoluto desprecio de los demás. Él nada necesita, nada pide; está sano, es justo, se encuentra limpio, perfecto. Naturalmente salió de la presencia del Señor como había entrado, tan presuntuoso, tan perfecto, tan sano, tan justo. La justicia de Dios no le alcanzó, como tampoco su misericordia. Salió sin justificar.

También el Publicano dice verdad en sus palabras. Se reconoce malhechor y pecador. Su actitud ante Dios es diferente. No intenta levantar los ojos del suelo, sabiendo que es indigno de presentarse ante Dios. Confía, no obstante, en la misericordia del Señor. A ella se acoge. Se reconoce enfermo y ruega la salud. Dios usó de misericordia; Dios lo sanó. Salió de allí justificado. Sus palabras recuerdan el salmo 50.

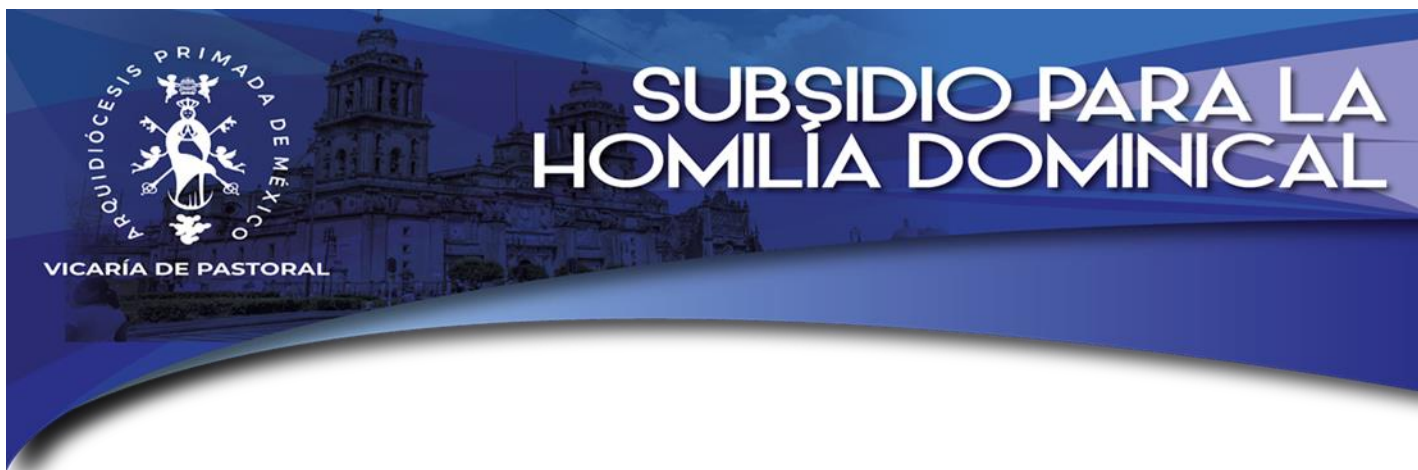
La soberbia ciega. La soberbia encierra a uno en sí mismo, opone resistencia a la bondad divina. El soberbio no ve, no se ve, no se conoce, se oculta a sí mismo. De ahí su desprecio y la absoluta inconsciencia de su mal. Muy mala situación.

La humildad es el conocimiento exacto de sí mismo. La humildad abre a uno a la misericordia de Dios. El humilde se ve como es, se siente como es, enfermo y necesitado. Dios levanta al deprimido; en cambio abaja al presumido.

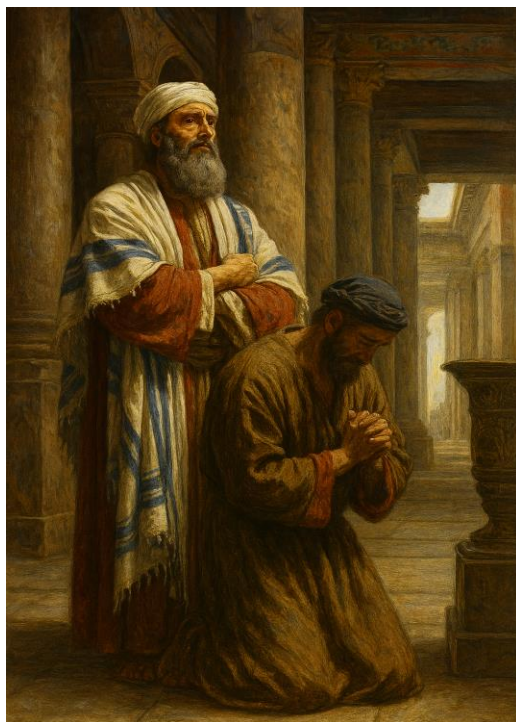


SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- ❖ El publicano se reconoce pecador y se presenta ante Dios sin méritos ni pretensiones.
- Evita compararte con otros en tu oración. Reconoce tu fragilidad con sencillez, sin dramatismos ni justificaciones. La humildad abre el corazón a la gracia.
- ❖ El publicano “no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo”.
- Adopta una postura interior de necesidad. Ora desde tus heridas, tus límites, tus vacíos. Dios escucha más al que se sabe necesitado que al que presume estar lleno.
- ❖ El fariseo enumera sus obras y se compara con los demás.
- En tu oración, no te defiendas ni te auto elogies. Dios no necesita tu currículum espiritual. Él busca tu verdad desnuda, tu deseo de conversión, tu apertura a su misericordia.
- Ora para ser transformado, no para ser aprobado. La oración no es un examen, sino un encuentro. Deja que Dios te justifique, te sane, te levante.

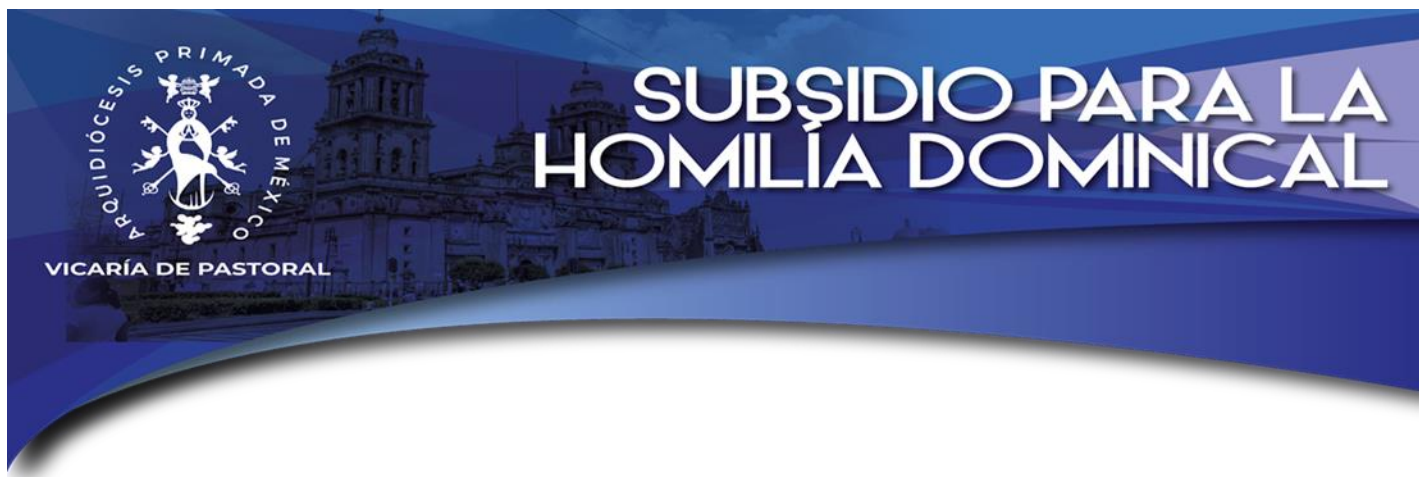


CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:

https://youtu.be/-XhYQvUEwIQ?si=f7YK_sC2LmI6PDKZ



LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Catequesis del Papa Francisco: "La oración es la fuerza de la Iglesia y de nuestra fe"

<https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2021-04/papa-francisco-catequesis-audiencia-general-14-abril-2021.html>



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

Autenticidad

En este domingo Jesús nos propone la parábola del fariseo y el publicano, que oran en el templo. Fácilmente podemos identificar algunas de las características de ambos, uno ora desde la soberbia de creerse bueno, el otro desde la humildad de saberse indigno. Nuestra oración con frecuencia también puede correr el riesgo de mancharse, cuando no la hacemos con rectitud. Te proponemos aquí algunos consejos prácticos que puedan ayudarte a vivir una oración verdadera.

1. No te compares. Cada uno tiene su propio proceso con Dios, es igual de dañino juzgar a los demás como pecadores que compararme con otros pensando que mi relación con Dios no es como la de los demás.
2. Reconoce que tienes necesidad de Dios. El publicano reconoce que necesita a Dios, el fariseo cree que se relaciona con Dios, pero solo se apoya en sus seguridades. Es bueno saberse débil y necesitado. ¿eres capaz de reconocerte vulnerable?
3. El auténtico reconoce sus errores. Vivimos en una época sedienta de autenticidad, y pareciera que para serlo tengo que imitar a los demás y superarlos. Vivimos en una época de máscaras y apariencias. EL evangelio nos enseña que no es más quien hace más o quien presume más, sino que el verdaderamente auténtico es aquel que sabe reconocer sus pequeñeces e imperfecciones





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

Padres y madres, el Evangelio de hoy nos coloca frente a una verdad profunda: Dios mira el corazón, no las apariencias. El fariseo cumplía todos los mandamientos, pero su orgullo le cerraba el alma. SE comportaba como si Dios le debiese algo. El publicano, en cambio, reconocía su miseria y fue justificado. ¿Cómo enseñamos esto a nuestros hijos? ¿Les mostramos que la oración no es vanagloria, sino diálogo humilde con Dios, desde nuestras heridas, nuestros límites, nuestros vacíos? Oramos para ser transformados, no enaltecidos.

La Palabra de hoy también nos habla de justicia y fidelidad. El Señor no es parcial: escucha al débil, defiende al huérfano y acompaña a la viuda. En un mundo donde tantas veces se valora la fuerza, el éxito o la imagen, nuestras familias están llamadas a educar en la humildad, la compasión y la misericordia.

San Pablo, al final de su vida, puede decir con serenidad: "*He combatido el buen combate, he mantenido la fe.*" ¿Podremos nosotros decir lo mismo al final de nuestros días? Educar cristianamente es enseñar con el ejemplo, orar juntos, pedir perdón y reconocer con sencillez que sin Dios nada somos.

No olvidemos que la verdadera grandeza no está en ocupar los primeros lugares, sino en reconocer nuestra pequeñez ante Dios. La soberbia encierra a uno en sí mismo. Ser humilde no es pensar menos de uno mismo sino tener el conocimiento exacto de sí mismo. Es también pensar más en los demás.



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL INFANTIL

Ten compasión de mí

Hoy celebramos el domingo XXX del tiempo ordinario, hoy el evangelio nos trae una historia muy importante que nos enseña a hablar con Dios desde el corazón. Jesús nos cuenta sobre dos personas que van al templo a orar, uno era fariseo, es decir, una persona que conocía bien las reglas de la religión y el otro era publicano, un recaudador de impuestos. El fariseo oraba de pie y con mucho orgullo decía: “te doy gracias porque no soy como ese publicano”, mientras tanto, el publicano se quedaba lejos y con la cabeza baja decía: “Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador”. ¿Saben qué pasó? Jesús nos dice que el publicano fue a su casa perdonado por Dios, pero el fariseo no.

Esto es así, porque la oración del publicano era sincera y venía del corazón, él sabía que había hecho cosas mal y le pedía perdón a Dios. El fariseo en cambio estaba tan orgulloso de sí mismo que ni siquiera le pidió nada a Dios. A Dios no le importa si somos los mejores de la clase, si sabemos todas las respuestas o si siempre cumplimos con las reglas. Lo que a Dios le importa es que seamos humildes y honestos con él.

En esta semana aplica el Evangelio a tu vida:

- Dibuja una imagen sobre la oración del publicano.
- Se honesto con Dios, si te equivocas, no te escondas, pídele perdón, como lo hizo el publicano
- No te compares con los demás, no digas: “yo soy mejor que mi amigo” o “yo hago más cosas buenas que mi hermano”. Dios nos ama a cada uno por quienes somos.
- Haz esta oración: Querido Dios, enséñanos a ser humildes, para que nuestras oraciones siempre salgan de un corazón sencillo y sincero. Amén.

